

UN CHICO LA AYUDA A RECORDAR.
EL OTRO LE HACE OLVIDAR.

EL
CIELO ESTÁ EN
CUALQUIER
LUGAR

JANDY NELSON

CROSS
BOOKS

JANDY NELSON

*EL
CIELO ESTÁ EN
CUALQUIER
LUGAR*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Sky Is Everywhere*
© del texto: Jandy Nelson, 2010
© de la traducción: Liwayway Alonso, 2010, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: 2010
Primera edición en esta presentación: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-20983-6
Depósito legal: B. 9.587-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Abu está preocupada por mí. Ya no es porque mi hermana Bailey muriera hace cuatro semanas, ni porque mi madre lleve dieciséis años sin ponerse en contacto conmigo, ni siquiera es porque de pronto solo pienso en el sexo. Está preocupada por mí porque a una de sus plantas le han salido manchas.

Desde hace casi los mismos diecisiete años que tengo yo, Abu cree que esta planta de interior en particular, que es bastante sosa, refleja mi bienestar emocional, espiritual y físico. Yo también he llegado a creerlo.

Al otro lado de la habitación donde estoy sentada, Abu, con su metro ochenta de altura y su vestido floreado, se cierne imponente sobre las hojas llenas de manchas negras.

—¿Cómo que puede ser que esta vez no se recupere?

Se lo pregunta al tío Big: arborista, fumeta oficial y, por si fuera poco, científico loco. Él sabe un poco de todo, pero de plantas lo sabe todo.

A cualquier otra persona le puede parecer raro, incluso disparatado, que Abu formule esa pregunta sin apartar su mirada de mí, pero al tío Big no se lo parece, porque él tampoco deja de mirarme.

—Esta vez sufre una enfermedad muy grave.

La voz de Big retumba como desde un escenario o un púlpito; sus palabras siempre llevan carga. Dicho por él, hasta un «pásame la sal» suena en plan Diez Mandamientos.

Abu se lleva las manos a la cara, preocupada, y yo sigo garabateando mi poema en el margen de *Cumbres borrascosas*. Estoy acurrucada en un rincón del sofá. No me apetece hablar, preferiría llenarme la boca de sujetapapeles.

—Pero si esta planta siempre se ha recuperado, Big, como cuando Lennie se rompió el brazo, por ejemplo.

—Aquella vez las hojas tenían manchas blancas.

—O el otoño pasado mismo, cuando se presentó a la audición para clarinete solista pero tuvo que volver a conformarse con segundo clarinete.

—Manchas marrones.

—O aquella vez...

—Esta vez es diferente.

Levanto la vista. Siguen mirándome detenidamente, un dúo de gigantes llenos de tristeza y preocupación.

Abu es la mayor experta en jardinería de Clover. Tiene el jardín de flores más increíble del Norte de California. Sus rosas rebosan más color que un año entero de puestas de sol, con una fragancia tan embriagadora que las gentes del pueblo aseguran que respirar su aroma puede hacer que uno se enamore en el acto. Pero, a pesar de todos sus cuidados y su reconocida destreza como jardinera, esta planta parece seguir una existencia paralela a la mía, ajena a cualquier esfuerzo de Abu y a su propia condición vegetal.

Dejo el libro y el bolígrafo encima de la mesa. Abu se inclina hacia la planta, le susurra algo acerca de la importancia de la *joie de vivre*, luego avanza pesadamente hacia el sofá y se sienta a mi lado. Después Big se une a nosotras, dejando caer su cuerpo corpulento al lado de Abu. Los tres, todos con el mismo pelo rebelde en lo alto de la cabeza, como un ajeteo de relucientes cuervos negros, nos quedamos tal cual, mirando al vacío, el resto de la tarde.

Así estamos desde que mi hermana Bailey se desplomó hace un mes, víctima de una arritmia mortal, en pleno ensayo para una función local de *Romeo y Julieta*. Es como si alguien hubiera aspirado el horizonte cuando mirábamos hacia otro lado.

La mañana del día en que murió,
Bailey me despertó
metiéndome el dedo en la oreja.
Odiaba que me hiciera eso.

Después empezó a probarse camisas, me preguntaba:

—¿Cuál te gusta más, la verde o la azul?

—La azul.

—Ni siquiera has levantado la vista, Lennie.

—Vale, la verde. La verdad, me da igual qué camisa te pongas.

Después me di media vuelta en la cama y me volví a dormir.

Más tarde me enteré,

se había puesto la azul

y esas eran las últimas palabras
que iba a hablar con ella jamás.

(Encontrado en el envoltorio de un chupa-chups en la senda del río de la Lluvia.)

El primer día de regreso al colegio es tal y como me lo esperaba; el pasillo se abre como el mar Rojo cuando entro yo, se acallan las conversaciones, las miradas flotan llenas de simpatía nerviosa y la gente me mira como si llevara el cadáver de Bailey en brazos, como supongo que así es. Llevo su muerte encima, lo sé, y todo el mundo lo nota, resulta tan evidente como si llevara puesto un enorme abrigo negro en un bonito día de primavera. Pero lo que no me esperaba es el inaudito revuelo causado por un chico nuevo, un tal Joe Fontaine, que apareció durante mi mes de ausencia. Adondequiera que vaya es lo mismo:

—¿Lo has visto ya?

—Parece un gitano.

—Una estrella del rock.

—Un pirata.

—Me han dicho que toca en un grupo que se llama Dive.

—Que es un genio de la música.

—Alguien me ha contado que vivía en París.

—Que tocaba en la calle.

—¿Ya lo has visto?

Yo sí que lo he visto, porque cuando regreso a mi asiento en la banda de música, el que llevo ocupando todo el año, me lo encuentro allí sentado. Aunque estoy sumida en el dolor, paseo la mirada por sus botas negras, las piernas kilométricas hundidas en unos vaqueros, el torso interminable y por fin un rostro tan lleno de vida que me pregunto si habré interrumpido una conversación entre él y mi atril.

—¿Qué tal? —saluda y se levanta de un salto. Es altísimo—. Tú debes de ser Lennon. —Señala mi nombre en la silla—. Me he enterado de... Lo siento.

Me fijo en su manera de agarrar el clarinete, con poco cuidado, lo agarra con fuerza por el cuello, como si fuera una espada.

—Gracias —digo, y cada centímetro de su rostro se transforma en una sonrisa.

Buf. ¿Habrá aparecido en el colegio montado en una ráfaga de viento procedente de otro mundo? El tío parece feliz como una perdiz, nada más lejos de la pose huraña que tanto nos costó terminar de perfeccionar a la mayoría de nosotros. Tiene un montón de rizos castaños despeinados de cualquier manera y pestañas largas como patas de araña que, cuando pestañea, parece que te golpeen directamente con sus ojos verdes y brillantes. Su rostro es más abierto que un libro abierto, más bien como un muro lleno de pintadas. Me doy cuenta de que me estoy escribiendo «guau» con el dedo en el muslo y decido que lo mejor es abrir la boca para zanjar este improvisado concurso de miradas.

—Todo el mundo me llama Lennie —digo.

No es muy original, pero mejor que el «¿Eh?» que estaba a punto de soltar, y vale para salir del paso. Él se mira los pies un momento y yo respiro, preparando el segundo asalto.

—La verdad es que me tenía intrigado. ¿Es Lennon por John? —pregunta, de nuevo aguantando mi mirada.

Creo que voy a desmayarme. O a arder en llamas.

Asiento con la cabeza.

—Mamá era muy *hippie*.

Después de todo, estamos en el norte del Norte de California: la última frontera del reino de lo estrafalario. Tan solo en el undécimo grado tenemos a una chica llamada Electricity (Electricidad), a un tipo llamado Magic Bus (Autobús Mágico) e innumerables flores: Tulip, Begonia y Poppy (Tulipán, Begonia y Amapola) —todos nombres verdaderos puestos por sus padres y que aparecen en las partidas de nacimiento—. Tulip es un armario empotrado de dos toneladas que sería la estrella de nuestro equipo de fútbol americano si fuéramos de esa clase de colegios que tienen un equipo de fútbol. Pero no lo somos. Somos de esa clase de colegios que tienen como optativa meditación en el gimnasio por las mañanas.

—Sí —dice él—. Mi madre también, y papá, y mis tías, tíos, hermanos, primos... Bienvenida a la Comuna Fontaine.

Yo suelto una carcajada.

—Ya me imagino.

Pero buf otra vez: ¿será normal que me ría con tanta facilidad? ¿Y que me pueda sentir tan bien? Como bañarse en un río de agua fresca.

Me vuelvo, preguntándome si alguien nos estará mirando y veo que Sarah acaba de entrar —más bien, de irrumpir— en el aula de música.

—¡Lenniiiiii! —Se lanza hacia nosotros con su fantástico modelo de cowboy gótico: vestido *vintage* negro y ajustado, botas vaqueras de punta afilada, el pelo rubio teñido de un negro tan oscuro que parece azul, todo rematado con un enorme sombrero Stetson.

Observo la velocidad suicida de su aproximación, por un momento me pregunto si de hecho va a saltar a mis brazos, cosa que intenta, con lo que las dos salimos patinando hacia Joe, que no sé cómo consigue mantener su equilibrio, a la vez que el nuestro, evitando que volemos todos por la ventana.

Así es Sarah, en plan suave.

—Muy bonito —le susurro al oído y ella me da un abrazo de oso, aunque tiene cuerpo de pájaro—. Vaya manera de impresionar al maravilloso chico nuevo.

Ella suelta una carcajada y resulta alucinante y a la vez desconcertante tener entre mis brazos a alguien que tiembla de risa y no de sufrimiento.

Sarah es la cínica más entusiasta del planeta. Sería una animadora perfecta si no le diera tanto asco el concepto del espíritu de instituto. Es una fanática de la literatura, como yo, pero lee cosas más oscuras, se leyó a Sartre en décimo curso —*La náusea*—, que es cuando empezó a vestir de negro (aunque vaya a la playa), a fumar tabaco (aunque parezca la chica más sana que existe), y a obsesionarse con su crisis existencial (aunque salga hasta las tantas de la mañana).

—Lennie, bienvenida de nuevo, querida —dice otra voz. El señor James, también conocido en mi mente como Yoda tan-

to por su aspecto exterior como por su encanto musical interno, se ha colocado de pie delante del piano y me mira con esa expresión de infinita tristeza a la que ya me he acostumbrado en los adultos—. Lo sentimos todos muchísimo.

—Gracias —digo, por centésima vez aquel día.

Sarah y Joe también me están mirando; Sarah, preocupada, y Joe con una sonrisa del tamaño del Estados Unidos continental. Me pregunto si mira así a todo el mundo. ¿Será un tarado? Sea lo que sea, o tenga lo que tenga, lo suyo es contagioso. Sin darme cuenta siquiera, me pongo a la altura de su EE.UU. continental y le añado Puerto Rico y Hawái. Debo de parecer la viuda alegre. Por Dios. Y la cosa no queda ahí, porque de pronto me he puesto a pensar en cómo sería besarle, pero besarle de verdad. Vaya, hombre. Es un problema, nada típico de Lennie, por cierto, que empezó («Pero ¿qué demonios me está pasando?») en el funeral: me estaba sumiendo en la oscuridad cuando, de pronto, todos los chicos empezaron a brillar. Amigos de Bailey del trabajo o de la universidad, casi todos desconocidos, que no paraban de acercarse a mí diciendo lo mucho que lo sentían, no sé si sería porque me encontraban parecida a Bailey, o porque se sentían mal por mí, pero después los pillaba a algunos mirándome con un gesto apremiante, de excitación, y me di cuenta de que yo les devolvía la mirada, como si fuera otra persona, pensando cosas que casi nunca se me habían ocurrido antes, cosas que me avergüenza haber pensado en una iglesia, por no hablar de que se trataba del funeral de mi hermana.

Este chico sonriente que tengo delante, en cambio, parece brillar con luz propia. Debe de venir de una parte de la Vía Láctea donde la gente es de lo más amable, pienso mientras intento reprimir la sonrisa de idiota que llevo en la cara, aunque en lugar de eso por poco le suelto a Sarah: «Se parece a Heathcliff», porque me acabo de dar cuenta de que se le parece, bueno, quitando lo de la sonrisa de felicidad —pero de pronto siento como una patada que me deja sin respiración y caigo

contra el frío suelo de cemento en que se ha convertido mi vida, porque recuerdo que no puedo volver corriendo a casa después del colegio y contarle a Bails que hay un chico nuevo en la banda.

Mi hermana muere una y otra vez, así todo el día.

—¿Len? —Sarah me toca el hombro—. ¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza, esquivando el tren del dolor que viene descontrolado hacia mí, a toda velocidad.

Por detrás de nosotros alguien empieza a tocar *Approaching Shark*, también conocida como la canción de la banda sonora de *Tiburón*. Me doy la vuelta y me encuentro con Rachel Brazile, que se desliza hacia nosotras. La oigo mascullar: «Muy gracioso», dirigiéndose a Mark Jacobus, el saxofonista responsable del acompañamiento. No es más que otra de las víctimas atropelladas por Rachel a su paso por la banda, tipos engañados por ese cuerpo espectacular tras el que se esconde tanto horror lleno de arrogancia, y después embaucados del todo por sus grandes ojos castaños de cervatillo y su pelo de princesa. Sarah y yo estamos convencidas de que Dios tenía el día irónico cuando la creó a ella.

—Veo que has conocido al Maestro —me dice, tocando la espalda de Joe con gesto desenfadado mientras se desliza en su silla, la silla del clarinete solista, donde yo debería estar sentada.

Abre su estuche, empieza a montar su instrumento.

—Joe estudió en un conservatorio en «Froncia». ¿Os lo ha contado?

Claro que no pronuncia «Francia» como los humanos de a pie. Noto que Sarah se empieza a crispar a mi lado. Tiene tolerancia cero con Rachel desde que ella consiguió el puesto de clarinete solista por delante de mí, pero Sarah no sabe lo que de verdad sucedió; nadie lo sabe.

Rachel está apretando la abrazadera de su boquilla como si pretendiera asfixiar su clarinete.

—Joe ha sido un segundo fabuloso en tu ausencia —dice, alargando la palabra «fabuloso» como de aquí a la torre Eiffel.

No le ladro: «Me alegro de que todo te haya ido tan bien, Rachel». No digo ni una palabra, solo me gustaría poder enroscarme como una pelota y alejarme rodando. A Sarah, por otro lado, parece que le gustaría tener a mano un hacha de guerra.

La habitación se ha convertido en un clamor de notas y escalas aleatorias.

—Terminad de afinar, hoy quiero empezar en punto —grita el señor James desde el piano—. Y hay que tomar nota, he hecho unos cambios en los arreglos.

—Será mejor que me ponga a aporrear algo —dice Sarah, que le lanza una mirada de asco a Rachel y se marcha enfurruñada a golpear sus timbales.

Rachel se encoge de hombros, sonrío a Joe; no, no sonrío: centellea. Lo que hay que ver.

—Bueno, es que es verdad —dice—. Es que eras... quiero decir eres... fabuloso.

—Qué va. —Él se agacha para guardar el clarinete—. Yo soy un soplagaitas, solo estaba manteniendo caliente el asiento. Ahora puedo volver a mi sitio.

Señala con el clarinete la sección de viento.

—No seas modesto —dice Rachel, lanzando unos rizos de cuento de hadas por encima del respaldo de su silla—. Tu paleta tonal tiene tantos colores...

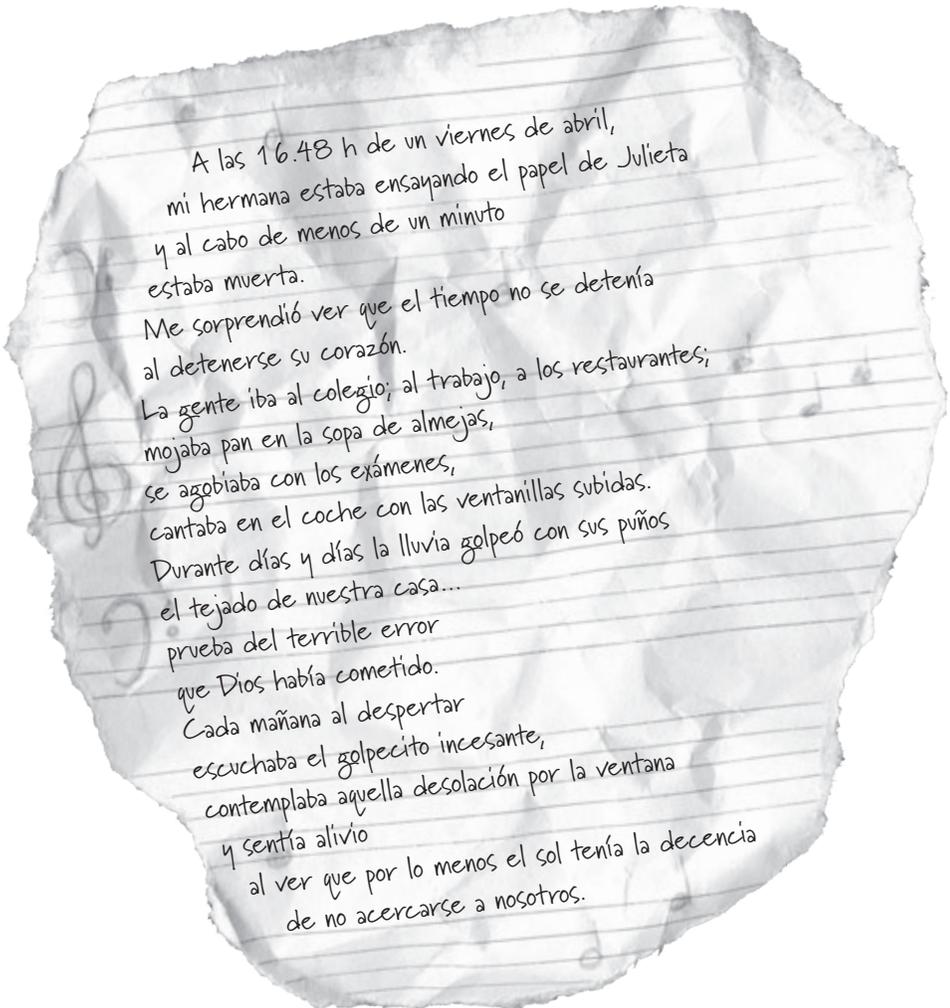
Miro a Joe, buscando algún signo de rebelión interior ante unas palabras tan idiotas, pero en vez de eso encuentro otra clase de signo. También sonrío a Rachel a escala geográfica. Siento la nuca acalorada.

—Ya sabes que te echaré de menos —dice ella, haciendo pucheros.

—Volveremos a vernos —responde Joe, añadiendo un pestañeo a su repertorio—. Por ejemplo, en la próxima clase, Historia.

Yo he desaparecido, cosa que en realidad me viene bien, porque de pronto no tengo ni idea de qué hacer con la cara y el cuerpo y el corazón destrozado. Vuelvo a mi asiento, observo que este idiota sonriente, pestañeante de «Froncia» no se parece en nada a Heathcliff. Estaba equivocada.

Abro el estuche del clarinete, me llevo la lengüeta a la boca para humedecerla y en vez de eso la muerdo y se parte en dos.

A piece of torn, lined paper with musical notation and handwritten text. The paper is white with horizontal lines and a treble clef on the left. The text is written in black ink and is slightly slanted. The paper has irregular, torn edges.

A las 16.48 h de un viernes de abril,
mi hermana estaba ensayando el papel de Julieta
y al cabo de menos de un minuto
estaba muerta.

Me sorprendió ver que el tiempo no se detenía
al detenerse su corazón.

La gente iba al colegio; al trabajo, a los restaurantes;
mojaba pan en la sopa de almejas,
se agobiaba con los exámenes,

cantaba en el coche con las ventanillas subidas.

Durante días y días la lluvia golpeó con sus puños
el tejado de nuestra casa...

prueba del terrible error
que Dios había cometido.

Cada mañana al despertar
escuchaba el golpecito incesante,

contemplaba aquella desolación por la ventana
y sentía alivio

al ver que por lo menos el sol tenía la decencia
de no acercarse a nosotros.

(Encontrado en un pedazo de papel para partituras clavado en una rama baja, cañada de Flying Man's.)